

Los teólogos y los canonistas Españoles que pasaron a Megico inmediatamente despues de la conquista, como no estaban instruidos en los usos de aquellos pueblos, tubieron dudas acerca de sus matrimonios: pero habiendo aprendido despues la lengua, y examinado diligentemente este y otros puntos importantes, reconocieron sus casamientos por verdaderos, y legitimos. El papa Paulo III, y los concilios provinciales de Megico, mandaron, segun los canones, que todos aquellos que abrazasen la fe Cristiana, conservasen la primera muger con quien se habian casado, y se separasen de las otras.

Exequias.

En nada eran tan supersticiosos los Megicanos como en sus ritos funebres. Cuando alguno moria, se llamaba a ciertos maestros de ceremonias mortuorias, que eran por lo comun hombres de cierta consideracion. Estos, habiendo cortado muchos pedazos de papel, cubrian con ellos el cadaver, y tomando un vaso de agua, se la esparcian por la cabeza, diciendo que aquella era el agua que se formaba durante la vida del hombre. Vestianlo despues de un modo correspondiente a su condicion, a sus facultades, y a las circunstancias de su muerte. Si el muerto habia sido militar, lo vestian como el idolo de Huitzilopochtli; si mercader como el de Jacatencitli; si artesano, como el del protector de su oficio. El que moria ahogado, se vestia como el de Tlaloc; el que era ajusticiado por adultero, como el de Tlazoteotl, y el borracho como el de Tezcatzoncatl, dios del vino. Asi que, como dice Gomara, mas ropa se ponian despues de muertos, que cuando estaban en vida.

Poniale despues entre los vestidos un jarro de agua, que debia servirle para el viage al otro mundo, y dabanle sucesivamente algunos pedazos de papel, esplicandoles el uso de cada uno de ellos. En el primero, decian al muerto: "Con este pasarás sin peligro entre los dos montes que estan peleando." Al segundo: "Con este caminarás sin estorvo por el camino defendido por la gran serpiente." Al tercero: "Con este iras seguro por el sitio en que está el gran cocodrilo Jochitonal." El cuarto era un salvo-conducto para los ocho desiertos. El quinto para los ocho collados, y el sexto para el viento agudo, pues fingian que debian pasar por un sitio llamado *Itzehecayan*, donde reinaba un viento tan fuerte que levantaba las piedras, y tan sutil que cortaba como un cuchillo. Por lo mismo quemaban los vestidos del muerto, sus armas, y algunas provisiones, para que el calor de aquel fuego lo preservase del frio de aquel viento terrible.

Una de las principales y mas ridiculas ceremonias era la de matar un *techichi*, cuadrupedo domestico, como ya hemos dicho, semejante a nuestros perros, con el obgeto de que acompañase al difunto en su viage. Atabanle una cuerda al cuello, para que pasase el profundo rio de *Chihnahapan*, o de las nueve aguas. Enterraban al *techichi*, o lo quemaban con su amo, segun el genero de muerte que este habia tenido. Mientras los maestros de ceremonias encendian el fuego, en que debia quemarse el cadaver, los otros sacerdotes entonaban un himno funebre. Despues de haberlo quemado, recogian en una olla todas las cenizas, y entre ellas ponian una joya de poco o mucho precio, segun las facultades del muerto, la cual decian que debia servirle de corazon en el otro mundo. La olla se enterraba en una huesa profunda, y durante cuatro dias hacian sobre ella oblaciones de pan y vino.

Tales eran los ritos funebres de la gente ordinaria: pero en las exequias de los reyes, y respectivamente en las de los señores, y otras personas de alta gerarquia, intervenian otras particularidades dignas de notarse. Cuando el rei se ponía malo, dice Gomara, se ponian mascarar a los idolos de Huitzilopochtli, y Tezcatlipoca, y no se les quitaban, hasta que sanaba o moria: pero lo cierto es que el idolo de Huitzilopochtli tenia siempre dos mascarar. Al punto que el rei de Megico espiraba, se publicaba la noticia con gran aparato, y se avisaba a todos los señores, ora estuviesen en la corte, ora fuera de ella, para que asistiesen a las exequias. Entretanto colocaban el cadaver real en primorosas esteras, y le hacian la guardia sus domesticos. Al cuarto o quinto dia, cuando ya habian llegado los señores, con sus trages de gala, hermosas plumas, y los esclavos que debian acompañarlos en la ceremonia, ponian al cadaver quince o mas vestidos finisimos de algodón de varios colores, adornabanlo con joyas de oro, plata, y piedras preciosas, le suspendian del labio inferior una esmeralda que debia servirle de corazon, cubrianle el rostro con una mascarar, y sobre los trages le ponian las insignias del dios en cuyo templo o atrio debian enterrarse las cenizas. Cortabanle una parte del cabello, y con otra que le habian cortado en su infancia, la guardaban en una cagita, para perpetuar, como ellos decian la memoria del difunto. Sobre esta cagita colocaban su retrato, de madera, o de piedra. Despues mataban al esclavo que le habia servido de capellan, o cuidado de su oratorio, y de todo lo correspondiente al culto privado de sus dioses, a fin de que tubiese el mismo empleo en el otro mundo.

Hacian despues la procesion funebre, llevando el cadaver, acompañado de los parientes, de toda la nobleza, y de las mugeres del muerto, las cuales espresaban su dolor con llantos, y otras demostraciones. La nobleza llevaba un gran estandarte de papel, y las armas e insignias reales. Los sacerdotes cantaban, sin acompañamiento instrumental. Al llegar al atrio inferior del templo, salian los sumos sacerdotes, con sus ministros, a recibir al cadaver, y sin detenerse, lo colocaban en la pira, que estaba dispuesta en el mismo atrio, y se componia de leña olorosa, y resinosa, con una gran cantidad de copal, y otros aromas. Mientras ardía el real cadaver, con todas sus ropas, insignias, y armas, sacrificaban al pie de la escalera del templo un gran número de esclavos, tanto de los del rei muerto, como de los que habian presentado para aquella solemnidad los señores. Tambien se sacrificaban algunos hombres irregulares, y monstruosos, de los que tenia en sus palacios, para que lo divirtiesen en el otro mundo, y por la misma razon solian matar algunas de sus mugeres*. El numero de victimas correspondia a la grandeza del funeral, y, segun algunos autores, llegaban a veces a doscientas. No faltaba entre tantos infelices el techichi, pues creian que sin aquel conductor, no era posible salir de algunos senderos tortuosos que se hallaban en el camino del otro mundo.

Al dia siguiente recogian las cenizas, los dientes que habian quedado enteros, y la esmeralda, que le habian puesto en el labio, y todo junto se guardaba en la cagita que contenia los cabellos, y esta se depositaba en el sitio destinado para sepulcro. En los cuatro dias siguientes hacian sobre él oblacones de manjares. A los cinco dias sacrificaban algunos esclavos, y el mismo sacrificio se repetía a los veinte, a los cuarenta, a los sesenta, y a los ochenta. Desde entonces ya no se sacrificaban mas victimas humanas: si no que cada año se celebraba un aniversario con sacrificios de conejos, de mariposas, de codornices, y otros pajaros, y con oblacones de pan, vino, copal, flores, y unas cañas llenas de materias aromaticas, que llamaban *acayotl*. Este aniversario se celebraba cuatro años seguidos.

* El P. Acosta dice que en las exequias de los señores se sacrificaban todas las personas que estaban en su casa. Pero esto es absolutamente falso e increíble, pues si así fuese, en poco tiempo se hubiera estinguido toda la nobleza Megicana. No hai memoria de haberse sacrificado en las exequias del rei ninguno de sus hermanos, como afirma aquel autor. ¿ Como es posible que existiese tal uso cuando entre los hermanos del rei muerto se debia escoger su sucesor segun las leyes del reino?

La mayor parte de los cadaveres se quemaban: solo se enterraban enteros los de aquellos que morian ahogados, o de hidropesia, o de no sé que otra enfermedad: pero ignoro la causa de esta diferencia.

Los Sepulcros.

No habia sitios determinados para enterrar los cadaveres. Algunas veces se enterraban las cenizas cerca de algun templo, o altar; otras en el campo, otras en los lugares sagrados de los montes donde solian hacer los sacrificios. Las cenizas de los reyes, y de los otros señores se depositaban por lo comun en las torres de los templos, especialmente en las del templo mayor*. Junto a Teotihuacan, ciudad celebre por los muchos templos que contenia, habia innumerables sepulcros. Los de los que se enterraban enteros, eran, segun el conquistador anonimo, que los vio, unas huesas profundas, revestidas por dentro de piedra, y cal, y el cadaver estaba sentado sobre un *icpalli*, o silla baja, con los instrumentos de su arte o profesion. El militar se enterraba con un escudo, y una espada: la muger, con un huso, una escoba, y un *gicalli*, cierto vaso natural de que despues hablaremos; los ricos, con oro, y joyas, y todos con gran provision de comestibles para el largo viage que iban a emprender. Los conquistadores Españoles, noticiosos del oro que contenian los sepulcros de los señores Megicanos, escavaron algunos, y encontraron grandes cantidades de aquel precioso metal. Cortés dice en sus cartas, que en una entrada que hizo en la capital, cuando estaba sitiada por su egercito, los soldados hallaron mil y quinientos *castellanos*, o doscientos cuarenta onzas de oro, en un sepulcro que habia en la torre del templo. El conquistador anonimo asegura haber presenciado la escavacion de un sepulcro, del cual se sacaron cerca de tres mil castellanos.

Los Chichimecos enterraban los cadaveres en las cuevas de los montes: pero cuando se civilizaron algun tanto, adoptaron, en este, y en otros usos, los ritos, y costumbres de los Acolhuis, que eran los mismos que los de los Megicanos.

Los Mijteques conservaron en parte los usos antiguos de los Chichimecos, pero en algunas cosas se singularizaron. Cuando enfermaba alguno de sus señores, se hacian oraciones publicas, votos, y sacrificios por su salud. Si sanaba, habia grandes regocijos. Si moria, conti-

* Solis en su Historia de la Conquista de Megico afirma que las cenizas de los reyes se depositaban en Chapoltepec: mas esto es falso, y contrario a la deposicion de Cortés, cuyo panegirico escribio, de Bernal Diaz, y de otros testigos oculares.

nuaban hablando de él, como si aun estubiese vivo; ponian delante de él uno de sus esclavos, lo vestian con la ropa de su señor, le cubrian el rostro con una máscara, y por espacio de un dia le tributaban los mismos honores que solian tributar al difunto. A media noche, se apoderaban cuatro señores del cadaver, para sepultarlo en algun bosque o cuevá, especialmente, la que se creia ser la puerta del paraíso, y al volver, sacrificaban al esclavo, y lo ponian en una huesa, con los adornos e insignias de su efimera autoridad, pero sin cubrirlo de tierra. Cada año se hacia una fiesta del ultimo señor que habia muerto, en la cual se celebraba su nacimiento, pero de su muerte no se hablaba jamas.

Los Zapotèques embalsamaban el cadaver del señor principal de su nacion. Ya en los tiempos de los primeros reyes Chichimecos, estaban en uso en aquellas naciones los compuestos aromaticos para preservar algun tiempo los cadaveres de la corrupcion: pero no sabemos que lo hiciesen con frecuencia.

Lo que he dicho hasta ahora, es cuanto sé acerca de la religion de los Megicanos. La vanidad de su culto, la supersticion de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios, y los rigores de su austeridad, hacian mas manifiestas a sus decendientes las incomparables ventajas que les habia traído la dulce, pura, y santa doctrina de Jesu Cristo, y los exitaban a dar gracias al Padre de las misericordias por haberlos llamado a la luz maravillosa del Evangelio, habiendo dejado perecer a sus antepasados en las tinieblas del error.

LIBRO SEPTIMO.

Gobierno Politico, Militar, y Economico de los Megicanos, esto es, el rei, los señores, los electores, los embajadores, las dignidades, los magistrados, y los jueces; leyes, juicios, y penas; milicia, agricultura, caza, pesca, y comercio; juegos, trage, alimentos, y muebles; idioma, poesia, musica, y baile; medicina, historia, y pintura; escultura, fundicion, y mosaicos; arquitectura, y otras artes de aquella nacion.

Educacion de la juventud Megicana.

EN el gobierno público, y en el domestico de los Megicanos se notan rasgos tan superiores de discernimiento politico, de celo por la justicia, y de amor al bien general, que parecerian de un todo inverosimiles, si no constasen por sus mismas pinturas, y por la deposicion de muchos autores diligentes e imparciales, que fueron testigos oculares de una gran parte de lo que escribieron. Los que insensatamente creen conocer a los antiguos Megicanos en sus decendientes, o en las naciones del Canada y de la Luisiana, atribuiran a fabulas inventadas por los Españoles, quanto vamos a decir acerca de su civilizacion, de sus leyes, y de sus artes. Por no violar, sin embargo, las leyes de la historia, ni la fidelidad debida al público, espondre sinceramente quanto me ha parecido cierto, sin temor de la censura de los criticos.

La educacion de la juventud, que es el principal apoyo de un estado, y lo que mejor da a conocer el caracter de cualquiera nacion, era tal entre los Megicanos, que bastaria por si sola a confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado a las regiones Europeas el imperio de la razon. En lo que voi a decir sobre este asunto tendre por guias las pinturas de los mismos Megicanos, y los escritores mas dignos de credito.

“Nada, dice el P. Acosta, me ha maravillado tanto, ni me ha parecido tan digno de alabanza, y de memoria, como el orden que observaban los Megicanos en la educacion de sus hijos.” En efecto es difícil hallar una nacion que haya puesto mayor diligencia en un articulo tan importante a la felicidad del estado. Es cierto que viciaban la enseñanza con la supersticion: pero el celo con que se aplicaban a educar